Juventud Revolucionaria

Alvaro Pascual Leone

Sé que cuando Alvaro Pascual lea este artículo, tratará de deslomarme de un trancazo, pues mi amigo siente un incomprensible horror á los elogios, pero yo, obligado—con grata obligación—á hacer una croniquilla para «La Voz del Pueblo» no he encontrado para ella tema más interesante que el de su personalidad como joven revolucionario y como espíritu delicado y culto. Alvaro Pascual es de Vinaroz. Y no es justo que en Vinaroz ignoren quien es mi amigo, ahora que es joven y lucha y trabaja como un bravo. No todo tienen que ser elogios póstumos y estátuas cuando uno se muere. En los momentos de lucha, en los primeros, inciertos pasos de la vida, cuando ésta se nos presenta como un enigma torturante, es preciso que hagamos justicia á los valores de la juventud, y alentemos á los que trabajan...

—

Yo conozco á Alvaro Pascual toda mi vida, toda mi juventud. Hermano de estudios fué, después de luchas; hoy, en mi destierro, su amistad es algo que me anima más para la lucha; los brazos fraternales que él me tiende, lo que en ella más me alienta.

Juntos estudiamos, juntos fuimos á los primeros mitins, y juntos marchamos muchas noches de revueltas un poco arbitrarias, en románticas, quijotescas protestas... Pero luego nos separamos un poco. Yo quise solo ser un «hombre de acción» y Alvaro Pascual quiso ser algo más: fué un hombre de estudio. No limité los suyos á la disciplina universitaria—y como estudiante universitario Pascual Leone alcanzé preciados galardones—y su espíritu inquieto y con sed de cultura buceó en todos los libros y en todas las filosofías. Influido por la de los estoicos, supo librarse de ese «snobismo» intelectual de última hora que hace creer que «el pueblo huele mal», como dijo Lorraine, en una hora estúpida. Amó al pueblo y sobre todo supone perdonar todas las pasiones. Para que las repitiera Pascual Leone, dijo sin duda, Terencio, veinte siglos antes de nacer mi amigo: Soy hombre y nada humano puede serme ajeno.

—

Hace algunos años—tal vez dos ó tres, que en nuestra juventud alborotada parecen muchos más—oí una noche á Alvaro Pascual y me sorprendió como orador y como revolucionario. Era en un Ateneo Republicano, muy pobre y muy simpático, de un barrio popular de Alicante. Aquellos hombres rudos y nobles, que habían estado todo el día agobiados por su trabajo brutal, pidieron á unos cuantos jóvenes una limosna de cultura. Organizamos algunas conferencias, y Alvaro Pascual para la suya, eligió un tema sorprendente para aquel público: «Actitudes de la juventud frente á las tiranías» y hablando de Grecia, como pueblo eternamente joven, interesó y gustó más su conferencia que todas las demás... Y Pascual Leone les habló con su gesto de orador místico. Atraía su aspecto de adolescente, su frente ancha, orlada de románticas greñas, su ademán pausado y elegante, su voz de persuasiva plasticidad.....

Y pocos días después, aquel muchacho, que en la tribuna de aquel pobre Ateneo, parecía un joven tímido, alborotaba reciamente en protestas callejeras contra humanas injusticias y contra políticos errores....

—

Cuando le ví en Valencia, venía él de Vinaroz. Traía de su tierra la desolación de una pérdida irreparable: la de la muerte de Safón, el caudillo y el poeta, el hombre de ciencia y el hombre de pueblo. De él solo me habló, y el amigo que de tantas cosas tenía porqué interesarse, únicamente me dijo: Debiste conocerle, para, como yo, admirarle.

Con el cariño á aquel hombre que fué, Pascual, con el amor de su admiración, parecía condensar el cariño á su tierra, á la tierra de sus padres...

—

Un día recibí un libro raro. Lo firmaba Alvaro Pascual. Su portada me desconcertó, en ella había brutalmente dibujado, una mujer desnuda, en escorzo, sosteniendo con las manos como una ofrenda, una calavera. Todo ello cubierto por una mantilla española. Leí el libro y lo releí. En «Intenciones»—así se titula este libro— se revelaba Alvaro Pascual como un pensador original y vigoroso, como un estilista acabado y personal. ¿Habéis leído ese libro? Leedlo, y lo guardaréis, igual que yo, como un libro de devociones.

—

Ese es Alvarito Pascual. Descubriendo su valer, haciéndolo llegar hasta vosotros, creo cumplir un deber, quitarme un peso de encima. Me cosquilleaba en la pluma, todo esto que yo quería decir de este joven revolucionario y culto.

Después de este, espero resignado el estacazo de mi amigo.

VALENTÍN CARRASCO

(De «La Voz del Pueblo», de Vinaroz).

A.P.C.E.
SIG.: 1.2a/439